

semejante Estado social, el comercio será una necesidad, y aun se convertirá en un medio esencial de su formación. Por lo que atañe al Estado cerrado, no debería, según Fichte, tener con los demás Estados más relaciones que las puramente intelectuales, nunca económicas. La ciencia, no el comercio, formaría la unión de los hombres. Pero cabalmente la unión ideal depende aquí de la unión material; ésta abre el camino á aquélla. Una vez establecido el vínculo por razones económicas, puede servir de preparación para una trabazón más completa. Ya el hecho de estar en relaciones comerciales permanentes supone una confianza mutua que no se apoya sólo en intereses egoístas, sino en la estimación de los caracteres también. Así se establece una acción recíproca y de sólido enlace entre individuos de un mismo pueblo y entre pueblos diferentes. De este modo, el comercio ha representado un papel considerable en la historia de la civilización. Ha relacionado y ha hecho que se conociesen personas que, de no ser así, nunca se hubieran puesto en contacto. A menudo ha dilatado el corto horizonte que limitaba la vista antes que hubiese nacido la necesidad y la posibilidad de una acción recíproca con las partes más distantes entre sí de la humanidad. Sobre todo, allí donde existe un comercio marítimo con países apartados, desarróllase fácilmente un sentimiento más amplio de la vida y de sus condiciones: agítase toda clase de ideas y de proyectos nuevos, concóncense nuevas costumbres é instituciones y el individuo se emancipa poco á poco de los viejos hábitos y de la tradición. A los navíos y caravanas acompañan invisibles pasajeros: gracias á las relaciones materiales, establécense también una comunicación recíproca de las ideas y de los sentimientos, y así el cambio material resulta útil hasta á la misma vida de la mente (véase XXIV, 1).

## 2. LA CULTURA IDEAL

XXVII

### Cultura material y cultura ideal

1. Sus relaciones mutuas.—2. Importancia del esparcimiento ó recreo.—3. Aspectos buenos y malos de la cultura ideal.

1. La cultura material tiende á la producción de un vasto sistema de medios. Pero los medios implican fines: así la cultura material propende sin cesar á excederse á sí misma. La cuestión social nace precisamente de que los medios, á lo que se ve, aumentan á expensas de los fines; como si una gran parte de la humanidad tuviese al parecer por destino prolongar la vida, careciendo sin embargo de lo que la hace digna de ser vivida. Diríase que nos oprime el peso de un aparato, cuyo fin, no obstante, es el de procurarnos más facilidades para la vida. El estudio moral que acabamos de hacer de la cultura material tenía por objeto encontrar una manera de salir de ese estado enojoso y mantener el principio de que una persona humana no debe ser considerada jamás como simple medio. La aplicación de este principio nos lleva ya más allá de la cultura

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

material, ya que nos demuestra que toda cultura debe servir para el desarrollo de la vida personal. En la cultura ideal, que consiste en el libre desarrollo del pensamiento, de la imaginación y del sentimiento, la personalidad es algo más que un medio; aquí son sus propias fuerzas las que entran en juego, por la única razón de que existe una necesidad inmediata de emplearlas. En virtud de un instinto superior de conservación, el pensamiento, la imaginación y el sentimiento se despliegan y crean formas originales bajo las cuales se manifiestan y se expresan. No es cuestión aquí de alcanzar ningún fin lejano: la inteligencia clara, la imagen viviente, el sentimiento íntimo y profundo, son cosas que valen por sí mismas.

En este sentido, podría parecer que la relación de la cultura material y de la cultura ideal es algo simplísimo: la primera sería para la segunda lo que es el medio respecto al fin. Si se adoptase esta manera de ver, nos hallaríamos capacitados de trazar entre la economía política y la moral una línea de demarcación precisa; muchos economistas han tratado de hacerlo, comprendiendo bajo el término de trabajo productivo sólo el trabajo generador de bienes materiales. Pero esta simplicidad es del todo artificial. ¿Hay, en realidad, un desarrollo cualquiera del pensamiento, de la imaginación y del sentimiento que no pueda reaccionar sobre la cultura material y facilitar de modo más ó menos directo la producción de bienes materiales? Entre la cultura ideal y la cultura material hay circulación incesante. Una inteligencia más elevada, una imaginación más viva, un sentimiento más profundo, modifican las condiciones del trabajo y determinan su dirección. La libertad de los movimientos en el dominio de la vida mental excita la esperanza, comunica audacia y energía para continuar el trabajo

hasta en el dominio de la cultura material. Por otra parte, el trabajo material no siempre es un simple medio para dar nacimiento á un producto; puede convertirse en una escuela de voluntad, en una manera de ejercer las fuerzas. Siempre que las condiciones del trabajo señalen un progreso, éste debe consistir en que el trabajo, aun cuando no sea un juego, esté, sin embargo, asociado á una satisfacción inmediata resultante del empleo de las fuerzas. El hombre no es solamente un ser nervioso, sino un ser muscular también; al mismo tiempo que sus fuerzas mentales, experimenta la necesidad de ejercitar sus fuerzas físicas, y la satisfacción de esto último no es ya un simple medio, como tampoco lo es la necesidad de conocer. Si el trabajo físico pudiese estar siempre asociado á esta especie de satisfacción inmediata, la oposición entre ambas culturas, material é ideal, cesaría en un punto esencial.

En definitiva, sólo existe una manera de apreciar el valor. La cultura material, tanto como la ideal, cobra valor por ser la condición y la forma del progreso del mayor número de hombres que se dirigen al logro de su mayor bien. Todo lo que obra directa ó indirectamente en este sentido, es productivo desde el punto de vista moral. El desarrollo de la cultura, para que tenga condiciones de sanidad, requiere que exista una justa proporción entre ambas formas, material é ideal, entre el trabajo para asegurarse la base material de la vida y el trabajo para desarrollar el pensamiento, el sentimiento y la imaginación. El criterio moral de la riqueza y de la cultura es el esparcimiento, es decir, el tiempo que puede emplearse y que se emplea realmente en trabajar para la cultura ideal (véase XXVI, 14).

2. Y sin embargo, no hemos podido todavía lograr que la mayor parte del trabajo se consagre á otra cosa, que á procurar los medios de subsisten-

cia. La gran cantidad de trabajo empleado con este fin, sólo en una medida en extremo débil procura la satisfacción y el desenvolvimiento de la personalidad del obrero. No sabemos todavía emplear convenientemente las horas de ocio de que disponemos ó dispone un número reducidísimo de entre nosotros.

En los grados inferiores de la existencia, toda actividad se consagra á la conservación del individuo y de la especie. El tiempo sobrante es para el descanso, y se emplea en restaurar las fuerzas teniendo en cuenta la incesante renovación del trabajo que la conservación exige. Llégase á una vuelta decisiva en el momento en que el tiempo de descanso puede emplearse en acciones que no son necesarias. Desde entonces la vida puede llevar un ritmo natural, no solamente de trabajo y de descanso físico, sino también de trabajo físico y de trabajo mental. De ahí sacaron las fiestas griegas y el sábado judío su importancia desde el punto de vista de la historia de la civilización. El último especialmente la tiene grandísima, porque parece haber dado á ese ritmo una duración apropiada á la medida de la mayoría de los hombres (1). Pero el tiempo destinado al descanso no se emplea siempre de la mejor manera. Si la duración de los recreos proporcionase un criterio de la riqueza nacional, el empleo de esos ratos de solaz suministraría un criterio de la educación nacional. Aristóteles dijo de los espartanos que su Es-

(1) Durante la Revolución francesa, tratóse de substituir el periodo de siete dias por el de diez (á la semana, la década) como si fuese más racional. Pero esta tentativa fracasó por diversas razones que no son únicamente religiosas. Las mujeres del arrabal de Saint-Marcel declararon que no era posible que un obrero trabajase nueve dias seguidos sin descansar. Ad. Schmidt: *Pariser Zustände während der Revolutionszeit von 1789-1800*. III, página 247.

tado cayó en la decadencia porque no supieron emplear debidamente sus horas de ocio; procuráronse poder y riquezas; pero, faltos de cultura mental, no pudieron aprovechar para nada estos medios (1). Lo mismo puede decirse también hoy de muchos que pertenecen á las clases llamadas superiores. En estas clases precisamente se entrega el individuo á menudo á los placeres sensuales más bajos, porque no siente el deseo de goces más nobles. No hay que admirarse, pues, de que á menudo ocurra lo propio en la clase de los obreros manuales, en quienes la gran contención que exige su trabajo no les deja frecuentemente ninguna energía sobrante para emplearla en la hora del descanso. Tomándolo en conjunto, parece sin embargo, cuando se compara entre sí las diversiones de la antigüedad y las de los tiempos modernos, que la grosería no es tanta hoy como en otro tiempo (2).

3. Por dos razones estrechamente conexas, la cultura ideal tiene un valor más elevado que la material. Desde luego tiene *una relación más íntima con la persona del hombre*. No hay aquí la misma diferencia entre el trabajo, sus medios y sus productos que en el otro caso. Trabajamos aquí con nuestro propio espíritu, y lo que producimos es inseparable de él, le pertenece siempre. En el otro caso, por el contrario, la cuestión social provenía de que la fuerza obrera no siempre armonizaba con los medios de trabajo ó no disponía siempre del producto. Por otra parte, á pesar de que el trabajo esté más unido aquí á la misma persona, *el individuo no trabaja sin embargo para sí solo, sino para la especie entera*. Si logra producir nuevas ideas, nuevas imá-

(1) *Polit.*, II, 9, 1271 b. 4-6.

(2) L. Felix: *Der Einfluss der Sitten und Gebräuche auf die Entwicklung des Eigentums*, p. 197.

genes y nuevas formas de la vida afectiva, aumenta de este modo el capital mental de la especie, sin empobrecerse á sí mismo porque todos lo compartan con él. Una partícula material no puede, en un tiempo dado, formar parte más que de un solo organismo: por esto la lucha para obtener bienes materiales es tan violenta. Pero una idea puede reproducirse en tantas conciencias como se quiera. Nada de derecho aislado de propiedad hay aquí. Además, no sólo la comunidad es más fácil en el dominio mental que en el material, sino que la necesidad es también mayor. Sin acción recíproca y sin esfuerzos en común, la vida mental superior no se desarrolla. No son únicamente las ideas, las imágenes y los sentimientos en pleno desarrollo los que producen una acción recíproca entre los individuos; quizá sea más verdad esto tratándose de los que sólo están en vías de formación. Las ideas y los sentimientos nuevos, para desarrollarse necesitan que obren diversas conciencias unas sobre otras.

No obstante, la cultura ideal tiene también su lado malo. Se desarrolla á menudo de una manera exclusiva é insana; las pasiones egoístas se agitan á menudo en su dominio, y el trabajo que se le consagra ocasiona á menudo grandes sufrimientos. Examinemos sucesivamente cada uno de estos tres puntos.

Cuando el desarrollo del pensamiento, la imaginación y el sentimiento no corre parejas con la voluntad y la fuerza muscular, la cultura ideal toma fácilmente el carácter de un refinamiento voluptuoso, con el que se juega revolviendo ideas é imágenes y embriagándose de imaginación y de sentimientos, hasta degenerar en sensiblería y afectación intelectual. Existe una especie de diletantismo mental que aprecia las ideas y los sentimientos según su gusto del momento, no atendiendo á su real eficacia

nutritiva. Resulta fácilmente de esto una disposición enfermiza ó extenuada, una tendencia del espíritu á desviarse de la vida real. Estos inconvenientes son comparables á la forma enclenque y mezquina que toma la vida física cuando cae rendida por un trabajo material excesivo. La misma cultura ideal tiene sus esclavos, á los cuales imprime la señal del exclusivismo.

La cultura ideal se desarrolla exactamente, como la otra, por medio de la lucha, y esta lucha agita aquí igualmente las pasiones. La ambición, el espíritu de dominio y la envidia encuentran aquí terreno fecundo. Las sectas y las pandillas florecen en él, y en él alcanzan las oposiciones una profundidad á que no llegan en la lucha para los bienes materiales. ¿Por ventura no se trata aquí de cosas que atañen mucho más de cerca á la misma persona de lo que los bienes materiales pueden hacerlo? Juzgar las ideas, las invenciones y los sentimientos de un hombre equivale á juzgarle á él mismo, en muy distinto sentido de cuando se juzga su trabajo material. Además, la cultura ideal desarrolla en grado mucho más elevado que la cultura material la diversidad de los caracteres humanos. La producción de los bienes materiales no exige más que fuerzas elementales que, en suma, son de la misma naturaleza en todos; pero el libre despliegue de la vida mental pone en evidencia variedades y matices imperceptibles hasta entonces. Las diferencias entre los individualistas crecen con la cultura ideal, y al propio tiempo con las probabilidades de conflicto y de discordia. Sólo hay *una verdad*, y necesariamente estallaré un violento conflicto entre aquellos que, á pesar de las diferencias que los separan, creen estar individualmente en posesión de ella.

¡Y si únicamente se tratase de la verdad! Pero el honor de descubrirla y de poseerla representa á

menudo un papel más considerable que la verdad misma; y este honor sólo puede recaer en uno solo. Si es positivo que hay en la cultura ideal muchos elementos que la convierten en poderosa fuerza de unión, cierto es también que encierra la posibilidad de grandes desacuerdos.

En fin, de la estrecha relación que existe entre el trabajo mental y la persona del trabajador, resulta la posibilidad de una especie de sufrimiento que únicamente el trabajador intelectual conoce. El trabajo interno no siempre sobresale: puede existir una resistencia interna que vencer, y, por consiguiente, ¡cuántas horas sombrías! La interrupción de la vida mental puede ir en nosotros acompañada de un sentimiento de angustia que recuerda el sentimiento de opresión orgánica provocado por la interrupción de la respiración ó de la circulación sanguínea. La idea se opone á presentarse con claridad, y el sentimiento parece vencido. No compensan la felicidad de los tiempos dichosos, los días de angustia y de turbación. Si el corazón sabe por experiencia lo que significa estar colmado por un gran interés ideal, en los aciagos días experimenta el dolor de su atonía y de su impotencia mucho más que si no hubiese conocido semejantes intereses. Añádense todavía á esto obstáculos exteriores, la mofa y la frialdad con que la obra intelectual se acoge á menudo, sobre todo cuando es personal y original. Este sufrimiento no es propio solamente de los grandes genios; pueden experimentarlo también aquellos que se asimilan de una manera libre y personal lo que aquellos genios han producido, y, como los genios, lo propio que con las resistencias exteriores, pueden chocar con las del interior también.

## A.—LA CULTURA INTELECTUAL

### XXVIII

#### Importancia moral del conocimiento científico

1. Oscilaciones en la apreciación de la importancia moral de la cultura intelectual.—2-3. Importancia psicológica é histórica de estas oscilaciones.—4. Conexión entre el conocimiento y la vida real.—5. Unidad del conocimiento científico á pesar de su división en ramas especiales; la ciencia considerada como obra común de la especie.—6. Escuelas y partidos.

1. La opinión según la cual todo en el universo está sujeto á un movimiento rítmico, y que supone que el progreso, dado que exista, no se dirige al menos en línea recta, no está quizá tan claramente confirmada en parte alguna como en los juicios formulados al través de los tiempos sobre la importancia de la evolución intelectual. Para los griegos, el pensamiento ó la razón constituían el título de nobleza de la humanidad. Solamente aquel que conocía el bien y lo bello era verdaderamente un hombre. Los filósofos griegos consideraban el pensamiento y el conocimiento como las actividades más elevadas. Durante la Edad media cristiana, al contrario, lo importante estribaba en oponer